

LOS EMPENOS DE UNA CASA

COMEDIA FAMOSA

INTERLOCUTORES

DON CÁRLOS.
DON JUAN.
DON PEDRO.
CELIA.
HERNANDO.
CASTAÑO.

DON RODRIGO.
DOÑA LEONOR.
DOÑA ANA.
Dos Embozados.
Coros de música.

JORNADA PRIMERA

SALEN DOÑA ANA Y CELIA.

DOÑA ANA.

Hasta que venga mi hermano,
Celia, le hemos de esperar.

CELIA.

Pues eso será velar,
Porque él juzga que es temprano
La una ó las dos : y á mi ver
Aunque es grande ociosidad
Viene á decir la verdad,
Pues viene al amanecer.
¿Más porqué ahora te dió
Esa gana de esperar,
Si te entras siempre á acostar
Tú, y le espero sola yo?

DOÑA ANA.

Has de saber, Celia mía,
Que aquesta noche ha fiado
De mí todo su cuidado,
Tanto de mi afecto fia.
Bien sabes tú que él salió
De Madrid dos años há,
Y á Toledo donde está
Á una cobranza llegó,
Pensando luégo volver,
Y así en Madrid me dejó,
Donde estando sola yo,
Y poder ser vista y ver,
Me vió don Juan y le ví,
Y me solicitó amante,
Á cuyo pecho constante
Atenta correspondí;
Cuando, ó por no ser tan llano
Como el pleito se juzgó,
Ó lo cierto porque no
Quería irse mi hermano
Por que vive aquí una dama
De perfecciones tan sumas
Que dicen que faltan plumas
Para alabarla á la Fama,
De la cual enamorado
Aunque no correspondido,
Por conseguirla perdido
En Toledo se ha quedado,
Y por que yo no estuviese
Sola en la corte sin él,

Ó por que á su amor cruel
De algun alivio le fuese,
Dispuso que venga aquí
Á vivir yo, que al instante
Dé cuenta á Don Juan, que, amante,
Vino á Toledo tras mí;
Fineza á que agradecida
Toda el alma estar debiera,
Si ya; ¡ ay de mí! no estuviera
Del empeño arrepentida,
Porque el amor que es villano
En el trato y la baja
Se ofende de la fineza.
Pero, volviendo á mi hermano,
Sábeta que él ha inquirido
Con obstinada porfia
Que motivo haber podía
Para no ser admitido,
Y hallando que es otro amor,
Aunque yo nó sé de quien,
Sintiendo más que el desden
Que otro gozase el favor,
Que como este fiero engaño
Es envidioso veneno,
Se siente el provecho ageno
Mucho más que el propio daño :
Sobornando, ¡ oh vil costumbre
Que así la razon estraga!
¡ Qué es tan ciego amor, que paga
Porque le den pesadumbre!
Una criada que era

De quien ella se fiaba,
En el estado que estaba
Su amor con el fin que espera
Y con los demás que pasa,
Supo de la infiel criada,
Que estaba determinada
Á salirse de su casa
Esta noche con su amante;
De que mi hermano furioso,
Como á quien está celoso
No hay peligro que le espante,
Con unos hombres trató
Que finjiéndose justicia,
Mira que astuta malicia,
Prendan al que la robó,
Y que al pasar por aquí
Al galan y dama bella,
Como en depósito; á ella
Me la entregasen á mí,
Y que luégo al apartarse,
Como que acaso ellos van
Descuidados, al galan
Dén lugar para escaparse,
Con lo cual claro se arguye
Que él se valdrá de los piés
Huyendo, pues piensa que es
La justicia de quien huye;
Y mi hermano con la traza
Que su amor ha discurrido,
Sin riesgo habrá conseguido
Traer su dama á su casa,

Y en ella es bien fácil cosa
Galantearla abrasado
Sin que él parezca culpado,
Ni ella pueda estar quejosa,
Porque si tanto despecho
Ella llegase á entender,
Visto es que ha de aborrecer
Á quien tal daño le ha hecho.
Aquesto que te he contado,
Celia, tengo que esperar;
¿Mira como puedo entrar
Á acostarme sin cuidado?

CELIA.

Señora, nada me admira,
Que en amor no es novedad
Del color de la mentira;
Ni quien verá que se espante
Si lo que es llega á entender.
Temeridad de mujer,
Ni resolucion de amante,
Ni de traidoras criadas,
Que eso en todo el mundo pasa,
Y quizá dentro de casa
Hay algunas calderadas.
Sólo admirádome han,
Por las acciones que has hecho,
Los indicios que tu pecho
Dá en olvidar á Don Juan.
Y no sé porque el cuidado
Das en trocar en olvido,
Cuando ni causa has tenido

Tú, ni Don Juan te la ha dado.

DOÑA ANA.

Que él no me la dá, es verdad,
Que no la tengo, es mentira.

CELIA.

¿De qué modo?

DOÑA ANA.

¿Qué te admira?

Es ciega la voluntad;
Tras mí, como sabes, vino
Amante y fino Don Juan,
Quitándose de galan
Lo que se añade de fino
Sin dejar á que aspirar
Á la ley del albedrío,
Porque si él es ya tan mio
¿Qué tengo que desear?
Pero no es aquella sola
La causá de mi despego,
Sino porque ya otro fuego
En mi pecho se acrisola.
Suelo en esta calle ver
Pasar á un galan mancebo,
Que si no es el mismo Febo,
Yo no sé quien puede ser.
Á éste ¡ay de mí! Celia mía,
No sé si es gusto ó capricho,
Y... pero ya te lo he dicho
Sin saber que lo decía

CELIA.

¿Lloras?

DOÑA ANA.

¿Pues no hé de llorar?

¡Ay infeliz de mí! ¿cuándo
Conozco que estoy errando
Y no me puedo enmendar?

CELIA (Aparte).

Que buenas nuevas me dan
Con esto que ahora he oido;
Para tener yo escondido
En su cuarto al tal Don Juan
Que, habiendo notado el modo
Con que le trata enfadada,
Quiere hacer la tarquinada
Y dar al traste con todo.

¿Y quién, señora, ha logrado
Tu amor?

DOÑA ANA.

Sólo decir puedo

Que es un Don Cárlos de Olmedo
El galan. Más han llamado
Mira quien es, que despues
Te hablaré, Celia.

CELIA.

¿Quién llama?

entro. — La justicia.

DOÑA ANA.

Esta es la dama;

Abre, Celia.

CELIA.

Entre quien es.

Entran embozados y Doña Leonor

EMBOZADOS.

Señora, aunque yo no ignoro
El decoro de esta casa,
Pienso que al entrar en ella
Ha sido más venerarla
Que ofenderla; y así, os ruego
Que me tengais esta dama
Depositada, hasta tanto
Que se averigüe la causa
Porque le dió muerte á un hombre
Otro que la acompañaba;
Y perdonad, que á hacer vuelvo
Diligencias no excusadas
En tal caso.

Vanse

DOÑA ANA.

¿Qué es aquesto?
Celia, á aquellos hombres llama
Que lleven esta mujer,
Que no estoy acostumbrada
A oír estas liviandades.

CELIA (Aparte).

Bien la deshecha mi ama
Hace de querer tenerla.

DOÑA LEONOR.

Señora, en la boca el alma
Tengo ¡ay de mí! si piedad
Mis tiernas lágrimas causan
En tu pecho, hablar no acierto,
Te suplico arrodillada
Que ya que no de mi vida,

Tengas piedad de mi fama,
Sin permitir, puesto que
Ya una vez entré en tu casa,
Que á otra me lleven adonde
Corra mayores borrascas
Mi opinion, que á ser mujer
Como imaginas, liviana,
Ni á ti te hiciera este ruego,
Ni yo tuviera estas ansias.

DOÑA ANA.

A lástima me ha movido
Tu belleza y tu desgracia.
Bien dice mi hermano, Celia.

CELIA.

Es belleza sobre humana
Y si está así en la tormenta,
¿Cómo estará en la bonanza?

DOÑA ANA.

Alzad del suelo, señora,
Y perdonad si turbada
Del repentino suceso,
Poco atenta y cortesana
Me he mostrado, que ignorar
Quien sois pudo dar la causa
A la extrañeza; más ya
Vuestra persona gallarda
Informa en vuestro favor,
De suerte que toda el alma
Ofrezco para serviros.

DOÑA LEONOR.

Déjame besar tus plante.

Bella deidad cuyo templo,
Cuyo culto, cuyas aras
De mi deshecha fortuna
Son el asilo.

DOÑA ANA.

Levanta,
Y cuéntame que sucesos
A tal desdicha te arrastran.
Aunque, si eres tan hermosa,
No es mucho ser desdichada.

CELIA (Aparte).

De la envidia que le tiene
No le arriendo la ganancia

DOÑA LEONOR.

Señora, aunque la vergüenza
Me pudiera ser mordaza
Para callar mis sucesos,
La que como yo se halla
En tan infeliz estado,
No tiene por que callarlos ;
Ántes pienso que me abono
En hacer lo que me mandas,
Pues son tales los indicios
Que tengo de estar culpada,
Que por culpables que sean
Son más decentes sus causas ;
Y así, escúchame.

DOÑA ANA.

El silencio

Te responde.

CELIA.

Cosa brava,
¿Relacion á media noche
Y con vela? Que no valga.

DOÑA LEONOR.

Si de mis sucesos quieres
Escuchar los tristes casos
Con que ostentan mis desdichas
Lo poderoso y lo vario,
Escucha, por si consigo
Que divirtiéndote tu agrado,
Lo que fué trabajo propio
Sirva de ageno descanso,
Ó porque en el desahogo
Hallen mis tristes cuidados
Á la pena de sentirlos
El alivio de contarlos.
Yo nací noble, este fué
De mi mal el primer paso,
Que no es pequeña desdicha
Nacer noble un desdichado ;
Que aunque la nobleza sea
Joya de precio tan alto,
Es alhaja que en un triste
Sólo sirve de embarazo ;
Porque estando en un sugeto
Repugnan como contrarios,
Entre plebeyas desdichas
Haber respetos honrados.
Decirte que nací hermosa
Presumo que es excusado,

Pues lo atestiguan tus ojos
Y lo prueban mis trabajos;
Sólo diré : aquí quisiera
No ser yo quien lo relato,
Pues en callarlo ó decirlo
Dos inconvenientes hallo :
Porque si digo que fui
Celebrada por milagro
De discrecion, me desmiente
La necedad del contarlo ;
Y si lo callo, no informo
De mí, y en un mismo caso
Me desmiento si lo afirmo,
Y lo ignoras si lo callo.
Pero es preciso al informe
Que de mis sucesos hago,
Aunque pase la modestia
La vergüenza de contarlo ;
Para que entiendas la historia
Presuponer asentado
Que mi discrecion la causa
Fué principal de mi daño.
Inclinéme á los estudios
Desde mis primeros años
Con tan ardientes desvelos,
Con tan ansiosos cuidados,
Que reduje á tiempo breve
Fatigas de mucho espacio.
Conmuté el tiempo industriosa
A lo intenso del trabajo,
De modo que en breve tiempo

Era el admirable blanco
De todas las atenciones ;
De tal modo, que llegaron
A venerar como
Lo que fué adquirido lauro.
Era de mi patria toda
El objeto venerado
De aquellas adoraciones
Que forma el comun aplauso.
Y como lo que decía
Fuese bueno, ó fuese malo,
Ni el rostro lo deslucía,
Ni lo desairaba el garbo,
Llegó la supersticion
Popular á empeño tanto,
Que ya adoraban deidad
El ídolo que formaron.
Voló la fama parlera,
Discurrió reinos extraños,
Y en la distancia segura
Acreditó informes falsos.
La pasion se puso antojos
De tan engañosos grados,
Que á mis moderadas prendas
Agradaban los tamaños.
Víctimas en mis aras eran
Devotamente postrados
Los corazones de todos
Con tan comprensivo lazo,
Que habiendo sido al principio
Aquel culto voluntario,

Llegó despues la costumbre
Favorecida de tantos,
Á hacer, como obligatorio,
El festejo cortesano;
Y si alguno disentía
Paradojo ó avisado,
No se atrevia á proferirlo
Temiendo que, por extraño,
Su dictámen no incurriese
Siendo de todos contrario,
En la nota de grosero,
O en la censura de vano.
Entre estos aplausos yo,
Con la atencion zozobrando
Entre tanta muchedumbre,
Sin hallar seguro blanco,
No acertaba á amar alguno,
Viéndome amada de tantos.
Sin temor en los concursos
Defendia mi recato
Con peligro del peligro
Y con el daño del daño.
Con una afable modestia
Igualando el agasajo,
Quitaba lo general
Lo sospechoso al agrado.
Mis padres en mi mesura
Vanamente asegurados,
Se descuidaron conmigo:
¡Qué dictámen tan errado!
Pues fué quitar por de fuera

Las guardas y los candados
Á una fuerza que en sí propia
Encierra tantos contrarios.
Y como tan neciamente
Conmigo se descuidaron,
Fué preciso hallarme el riesgo
Donde me perdió el cuidado.
Sucedió, pues, que entre muchos
Que de mi fama incitados
Contestar con mi persona
Intentaban mis aplausos,
Llegó acaso á verme ¡ay cielos!
¿Cómo permitís tiranos
Que un afecto tan preciso
Se forjase de un acaso?
Don Carlos de Olmedo, un jóven
Forastero, más tan claro
Por su origen, que en cualquiera
Lugar que llegue á hospedarlo
Podrá no ser conocido,
Pero no ser ignorado.
Aquí, que me dés te pido
Licencia para pintarlo,
Por disculpar mis errores,
Ó divertir mis cuidados,
Ó por que al ver de mi amor
Los extremos temerarios,
No te admire que el que fué
Tanto, mereciera tanto
Era su rostro un enigma
Compuesto de dos contrarios,

Que eran valor y hermosura,
Tan felizmente hermanados
Que faltándole á lo hermoso
La parte de afeminado,
Hallaba lo más perfecto
En lo que estaba más falto ;
Porque ajando las facciones
Con un varonil desgarro,
No sintió á la hermosura
Tener imperio asentado,
Tan remoto á la noticia,
Tan ageno del reparo
Que aún no le debió lo bello
La atencion de despreciarlo,
Que como en un hombre está
Lo hermoso como sobrado,
Es bueno para tenerlo,
Y malo para ostentarlo.
Era el talle como suyo,
Que aquel talle y aquel garbo
Aunque la naturaleza
Á otro dispusiera darlo,
Sólo le asentara bien
Al espíritu de Carlos :
Que fué de su providencia
Esmero bien acertado,
Dar un cuerpo tan gentil
A espíritu tan gallardo ;
Gozaba un entendimiento
Tan sutil, tan elevado,
Que la edad de lo entendido

Era un mentís en sus años.
Alma de estas perfecciones
Era el gentil desenfado
De un despejo tan airoso,
Un gusto tan cortesano,
Un recato tan amable,
Un tan atractivo agrado,
Que en el más bajo descuido
Se hallaba el primor más alto :
Tan humilde en los afectos,
Tan tierno en los agasajos,
Tan fino en las persuaciones,
Tan apacible en el trato
Y en todo, en fin, tan perfecto,
Que ostentaba cortesano
Despojos de lo vendido,
Por galas de lo alentado.
En los desdenes sufrido,
En los favores callado,
En los peligros resuelto,
Y prudente en los acasos.
Mira, si con estas prendas,
Con otras más, que te callo,
Quedaría en la más cuerda
Defensa para el recato.
Enfin, yo le amé, no quiero
Cansar tu atencion contando
De mi temerario empeño
La historia caso por caso ;
Pues tu discrecion no ignora
De empeños enamorados.

Que es su ordinario principio
Desasosiego y cuidado,
Su medio, lances y riesgos,
Su fin, tragedias ó agravios.
Creció el amor en los dos
Recíproco, y deseando
Que nuestra feliz union
Lograda en tálamo casto
Confirmase de Himeneo
El indisoluble lazo,
Y porque acaso mi padre
Que ya para darme estado
Andaba entre mis amantes
Los méritos regulando,
Atento á otras conveniencias
No nos fuese de embarazo,
Dispusimos esta noche
La fuga, y atropellando
El cariño de mi padre,
Y de mi honor el recato,
Salí á la calle, y apénas
Entre cobardes recelos
De mi desdicha, fiando
La una mano á las basquiñas
Y á mi manto la otra mano,
Cuando á nosotros resueltos
Llegaron dos embozados :
¿ Qué gente ? dicen, y yo
Con el aliento turbado,
Sin reparar lo que hacia,
Porque suele en tales casos

Hacer publicar secretos
El cuidado de guardarlos,
¡ Ay Cárlos ! perdidos somos,
Dije, y apénas tocaron
Mis voces á sus oidos,
Cuando los dos arrancando
Los aceros, dijo el uno :
Matadlo, Don Juan, matadlo,
Que esa tirana que lleva,
Es Doña Leonor de Castro,
Mi prima. Sacó mi amante
El acero, y alentado,
Apénas con una punta
Llegó al pecho contrario,
Cuando diciendo : ¡ ay de mí !
Dió en tierra, y viendo el fracaso
Dió voces el compañero,
Á cuyo estruendo llegaron
Algunos ; y aunque pudiera
La fuga salvar á Cárlos,
Por no dejarme en el riesgo
Se detuvo temerario,
De modo que la justicia
Que acaso andaba rondando,
Llegó á nosotros, y aunque
Segunda vez obstinado
Intentaba defenderse,
Persuadido de mi llanto,
Rindió la espada á mi ruego
Mucho más que á sus contrarios.
Prendiéronle, en fin ; y á mí,

Como á ocasion del estrago
Viendo que el que queda muerto
Era Don Diego de Castro,
Mi primo, en tu noble casa,
Señora, depositaron
Mi persona y mis desdichas,
Donde en un punto me hallo
Sin crédito, sin honor,
Sin consuelo, sin descanso,
Sin aliento, sin alivio;
Y, finalmente esperando
La ejecucion de mi muerte
En la sentencia de Cárlos.

DOÑA ANA

¡Cielos! ¿Qué es esto que escucho?
(Aparte)

Al mismo que yo idolatro
Es al que quiere Leonor,
¡Oh qué presto ha vengado
Amor á Don Juan! ¡Ay triste!
Señora, vuestros cuidados
Siento como es justo. Celia,
Lleva esta dama á mi cuarto
Mientras yo á mi hermano espero.

CELIA

Venid, Señora.

LEONOR

Tus pasos sigo.

¡Ay de mí! pues es fuerza
Obedecer á los hados.

Vanse Celia y Leonor.

DOÑA ANA

Si de Cárlos la gala y bizarría
Pudo por sí mover á mi cuidado,
¿Cómo parecerá siendo envidiado
Lo que sólo por sí bien parecía?
Si sin triunfo rendirle pretendía,
Sabiendo ya que vive enamorado,
¿Qué victoria será verle apartado,
De quién ántes por suyo le tenía?
Pues perdone Don Juan, que aunque yo
[quiera

Pagar su amor, que á olvido condeno,
¿Cómo podré si ya en mi pena fiera
Introducen los celos su veneno?
Que es Cárlos más galan, y, aunque no fuera,
Tiene de más galan el ser ageno.

Sale Don Cárlos con la espada desnuda y Castaño.

DON CÁRLOS

Señora, si en vuestro amparo
Hallan piedad las desdichas,
Lograd et triunfo mayor
Siendo amparo de las mías.
Siguiendo viene mis pasos
No ménos que la justicia,
Y como huir de ella es
Generosa cobardía,
Al asilo de esos piés
Mi acosado aliento aspira,
Aunque si ya perdí el alma,
Poco me importa la vida.

CASTAÑO

Á mí si me importa mucho;
Y así, señora, os suplica
Mi miedo que me escondais
Debajo de las basquiñas.

DON CARLOS

Calla necio.

CASTAÑO

¿Pues será

La primera vez, si lo miras,
Ésta, que los sacristanes
Á los delincuentes libran?

DOÑA ANA

Cárlos es. ¡ Válgame el cielo !

(Aparte)

La ocasion á la medida
De deseo se me viene
De obligar con bizarrias
Su amor, sin hacer ultraje
Á mi presuncion altiva,
Pues amparándole aquí
Con generosas caricias,
Pues amparándole aquí
Cubriré lo enamorada
Con visos de compasiva.
Y sin ajar la altivez
Que en mi decoro es precisa,
Podré, sin rendirme yo,
Obligarle á que se rinda,
Que aunque sé que ama á Leonor,
Qué voluntad hay tan fina

En los hombres, que si vén
Que otra ocasion los convida
La dejen por la que quieren?
Pues alto amor, ¿qué vacilas,
Si de que puede mudarse
Tengo el ejemplo en mí misma?
Caballero, las desgracias
Suelen del valor ser hijas
Y cebo de las piedades;
Y así, si las vuestras libran
En mí su alivio, cobrad
La respiracion perdida,
Y en esta cuadra, que cae
Á un jardin, entrad aprisa,
Ántes que venga un hermano
Que tengo, y con la malicia
De veros conmigo solo
Otro riesgo os aperciba

DON CARLOS.

No quisiera yo, señora,
Que el amparo de mi vida
Á vos os costara un susto.

CASTAÑO.

¿Ahora en aquello miras?
Cuerpo de quien me parió.

DOÑA ANA.

Nada á mí me desanima,
Venid, que aquí hay una pieza
Que nunca mi hermano pisa
Por ser en la que se guardan
Alhajas, que en las visitas